

XI

El botín fué inmenso. Los templos paganos de Apolonia habían enriquecido á los templos cristianos con sus tesoros y sus maravillas. Los vasos de oro y de plata deslumbraban los ojos en los altares. Los soldados de Amurat jugaban con las obras mas perfectas de metales preciosos y de cinceladuras griegas. Llamó la atencion del sultan un soldado, que para ocultar una copa de oro se la habia puesto en la cabeza y no la habia cubierto bien con su gorra. Amurat lo llamó y lo reprendió porque no habia pagado el diezmo de su rico despojo. Pero herido al mismo tiempo por el efecto que producía aquella guarnicion de oro sobre la frente del soldado, perdonó al culpable, y mandó que en adelante el borde de las gorras militares de todos los oficiales fuese de oro, y él mismo adoptó la gorra de oro en lugar de la gorra de lana, rodeada con la banda de muselina, que habia llevado hasta entónces. Una túnica y un caftan de escarlata de las fábricas de Kermian completaron su traje, imitado por los principales guerreros de su casa y de sus ejércitos.

XII

Rendida Apolonia, marchó desembarazadamente con su ejército á reforzar á su teniente principal, Evrenos, que conquistaba lentamente la Tesalia. Bajó desde allí por el flanco septentrional del Hemus, al saber la noticia de los armamentos del rey ó kral de los servios, Lázaro, aliado de Sisman, príncipe de los búlgaros. Estos dos enemigos de Amurat habian concentrado sus tropas reunidas en el vasto territorio de Nissa, la antigua Naissus, cuna de Constantino el Grande. Nissa era la capital de la Mysia. Sus fortificaciones restauradas por Justiniano, su situacion á la boca de un valle que la cierra como una llave de Europa, un rio rápido que la cubre por dos de sus cuatro faces, hacian de ella un baluarte de los servios y de los búlgaros. Pero viendo el ejército de Amurat, que bajaba por las pendientes escarpadas del Hemus á la llanura, Nissa no pensó mas que en capitular, y los dos príncipes confederados en huir. Amurat les concedió una paz precaria, sometió á Nissa, y volvió triunfante á Andrinópolis.

La deliciosa situacion de esta nueva capital, su

clima templado, el murmullo de sus aguas, sus abundantes pastos, sus sabrosas frutas, sus agradables cacerías en los bosques del Hemus, por fin, el lujo de sus palacios, y los cuidados del gobierno de Europa, mas próximo al centro de los negocios, lo hicieron quedarse allí algunos años en paz con ella y con el Asia. En este tiempo perfeccionó la organización, la disciplina, el uniforme, las insignias y las banderas de sus ejércitos. Para distinguir los colores del estandarte de los otomanos del estandarte de los árabes de Mahoma, que el profeta había prescrito amarillos, color del sol; los fatimitas verdes, color de tierra ó color de la túnica del hijo de Abdallah; los omniadas blancos, color de luz; los abasidas negros, color de noche; los bizantinos azules, color de cielo, Amurat adoptó el rojo, color de fuego y de sangre, símbolo de su misión conquistadora. Cuando el anciano Lalaschahin, investido hasta su muerte con el título de generalísimo ó beglerbeg, sucumbió bajo el peso de los años, Timurtasch heredó su autoridad y su título.

XIII

Tres hijos crecían en el palacio y en el campamento de Amurat; el destinado á sucederle era el primogénito, llamado *Bajazet* á *Bayezid*, mas tarde conocido por el apellido *Ilderim* (el rayo). Siguiendo el ejemplo de sus padres, Amurat quiso que la dote de su nuera fuese en acrecentamiento de su imperio. Envió á pedir su hija única al emir turco de Kermian, limítrofe á sus posesiones del monte Olimpo. El príncipe de Kermian, lisonjeado con tan augusta alianza, entregó su hija á los embajadores de Amurat. Su primer escudero recibió el encargo de llevar del diestro al caballo de la novia hasta el palacio del sultan. Amurat y su hijo pasaron de Europa al Asia para recibirla. Enviados de todos los príncipes árabes, persas, egipcios, sirios, turcos, y hasta griegos, ofrecieron al sultan y á su heredero los presentes mas suntuosos que haya registrado la historia oriental, las maravillas de Bagdad, los caballos de la Arabia, las alfombras de Persia, las sedas de Egipto, los esclavos de ambos sexos, negros y blancos de la Etiopia ó del Archipiélago.

Evronos, que habia abjurado del dios de los griegos por el Alá de Mahoma, y que conquistaba la Grecia antigua para los otomanos, se hizo notable por sus presentes, despojos de las islas y de los continentes del Adriático. Doseientos jóvenes esclavos griegos, escogidos entre la flor de la juventud y de la belleza de la Tesalia, abrian la marcha de su cortejo de tributarios; diez de ellos llevaban sobre sus cabezas platos de oro llenos de ducados de Venecia; otros diez, fuentes de plata colmadas de zequies; diez y ocho iban con jarros de oro y plata para lavarse las manos; el resto, copas, cristales de Venecia, con piedras preciosas, incrustadas en ellos. Todas estas maravillas, llamadas por los otomanos *satschu*, ó cosas para tirar á los piés, fueron con efecto sembradas bajo los de la novia de Bajazet. Esta puso á los piés de Amurat y de su futuro esposo las llaves de oro de cuatro ciudades capitales de los países que gobernaba su padre, el príncipe de Kermian, entre las cuales estaban las de Kuttaiah, uno de los baluartes de la Caramania asiática, la ciudad de las siete mezquitas y de los siete baños, de las huertas llenas de frutales, de los árboles copudos, de los sepuleros de los santos y de los valientes, que blanqueaban sobre las colinas bajo la sombra de los cipreses.

XIV

Kuttaiah se convirtió de esta manera en raiz profunda que brotó en el imperio de Othman entre las rocas del Taurus. Los emires secundarios de Kermian y de la Caramania, y el mas poderoso de ellos, el emir de Hamid, prefiriendo la seguridad del título de vasallos de Amurat á rivalidades impotentes, le cedieron la soberanía de todas las ciudades fuertes y de todos los valles de las cercanías de Kuttaiah para conservar bajo su señorío, su rango y sus riquezas. Begschyr, ó *la ciudad del príncipe*, construida por el kalifa Alaeddin á las orillas del lago Trogitis, Sidischyr, otra ciudad de estos Alpes, al borde de otro lago, la ciudad blanca, ó *Akschyr*, Isparta, Ighirdir, Kara-Aghadj, ciudades renacientes sobre las márgenes de los lagos ó en sus islas, ricas en bosques, riachuelos, prados, poblacion, rebaños, fábrica de tejidos de lana y tintes, aceptaron las leyes y los gobernadores de Amurat.

De todos los emires que poseian el Asia Menor, y que contaban con guardar su independenciam, solo que-

daban tres sin someterse; el uno en el Diarbekir, caudillo de los turcomanos del *carnero negro*; otro en Marasch, el último en Adana, provincias intermedias entre la Arabia y la Anatolia. Estas tres tribus, que formaban así la retaguardia de los turcos marchando hácia Europa, no causaban inquietud á Amurat; su pensamiento iba mas allá. Sabía que mas léjos estaban con la victoria la fuerza y la riqueza. Seguro de que estos estados independientes se someterian á su hora, cuando fuese el mas famoso de los otomanos, no daba tregua á sus invasiones por Grecia y Tracia para conquistar algunas tribus mas en los confines del mar Negro ó de la Siria.

XV

Su visir Timurtasch habia pasado otra vez por Rodope y el Hemus, devastaba la Macedonia, sojuzgaba á Monastir, miéntras que el ala derecha de su ejército, acampada en el valle interior, entre Rodope y el Hemus, bloqueaba la ciudad fuerte y populosa de *Sofia*. *Sofia*, situada en la misma línea que Andrinópolis, Filipópolis y Nissa, en los espaciosos valles en-

clavados entre Constantinopla y el Danubio, era la antigua Sárdica. Las montañas de la Albania por la izquierda, y los Balkanes por la derecha, se abren de repente como las orillas arboladas de un inmenso lago para extender al rededor de Sofia una vasta llanura nivelada, por donde serpentea el rio Oescus. Sus aguas fertilizan el valle, y bañan los piés de las montañas. La ciudad se ve, como Damasco, medio envuelta entre los vapores del agua, la sombra de los montes, las hojas de los albérechigos y perales; sus jardines, que reemplazan hoy á sus fortificaciones, giran y florecen á través de las ruinas de sus bastiones demolidos. La agricultura, el comercio de frutos y ganados, los mercados de los servios y de los bulgaros, la animan con su perpetua afluencia. Por el lado que mira hácia la Servia, dos promontorios avanzados de peñascos cubiertos de viñas, entre los cuales corre un rio, le forman una puerta natural, que puede defender un puñado de hombres. Esta ciudad, conquistada por los otomanos, les daba, independientemente de una residencia deliciosa, una capital en el centro de los bárbaros.

Pero sus muros, sus torres, su rio, sus fuertes destacados en la cima de sus promontorios, dominando la llanura, la defendian muchas años hacia contra el bloqueo y los asaltos del general de Timurtasch. Una

estratagema habitual entre los turcos, y una traicion doméstica frecuente entre los griegos, la hicieron caer en poder de Timurtasch. Un jóven otomano de su ejército, fingiendo haber sido amenazado de muerte por un general, se refugió en la ciudad asediada, y se echó á los piés del gobernador, implorando su proteccion. La belleza del adolescente, llamado Sunduck, sus ruegos, sus juramentos y sus lágrimas enternecieron al gobernador de Sofia. Recibió al hermoso paje en la ciudadela, y lo agregó á su servidumbre, con tanta mayor seguridad, cuanto que lo creia incapaz de reconciliarse con sus compatriotas otomanos.

Durante los momentos de ocio de un bloqueo de tantos meses, y que dejaba libre el espacio, cubierto de bosques, que baja de la Servia hácia Sofia, el gobernador cazaba algunas veces con halcon en aquellas soledades. En una de estas cacerías, Sunduk, fingiendo un dia que seguia al galope una res, se llevó á su señor léjos de su servidumbre, y volviéndose de repente, cuando nadie los veia, lo derribó en tierra, y atándolo con cuerdas que llevaba en su silla, lo volvió á poner en su caballo, lo llevó dando rodeos al campamento turco, y se lo entregó á Timurtasch. Expuesto el gobernador aherrojado bajo los muros de Sofia, quitó toda esperanza y desanimó á los habi-

tantes que lo veian desde las murallas. La ciudad abrió sus puertás á los otomanos y fué despues el arsenal de Amurat en sus guerras contra los albaneses, los servios, los valacos y los húngaros.

XVI

Estas conquistas sucesivas y tan débilmente disputadas formaban una circunvalacion que estrechaba mas y mas á Constantinopla. El emperador Juan Paleólogo, amenazado nuevamente por Anurat, no esperaba nada de los griegos, ni poseia ya los tesoros necesarios para pagar mercenarios bárbaros que lo defendieran contra otros bárbaros.

Las disputas teológicas separaban á la Iglesia griega de la Iglesia latina por un cisma tanto mas envenenado cuanto que era mas ininteligible. Para obtener el auxilio del pontífice romano, cuyas bulas estimulaban entónces el zelo religioso de los principes y de los pueblos del Occidente en favor de sus hermanos, los cristianos de Oriente, era menester abjurar el cisma. Con esta condicion podia Roma intervenir en favor de los emperadores de Bizancio.

Juan Paleólogo intentó por sí mismo esta gran negociación religiosa y política con el pontífice romano. Puesto que un fraile desconocido y vagabundo, Pedro el Ermitaño, había logrado precipitar la Europa en Oriente para arrancar el sepulcro de Jesucristo del poder de los kalifas, él juzgó que el espectáculo de un emperador cristiano de Oriente, revestido con la púrpura de Constantino, y yendo á mendigar á la corte de los príncipes latinos y á la del sucesor de los apóstoles oro, hierro y sangre de la Europa para salvar la primera capital y el primer pueblo del cristianismo del yugo de Mahoma, haría derramar algunas lágrimas, conseguiría algunos tributos y le darían guerreros del Occidente.

La narración de los apuros que pasó este emperador para llevar á cabo esta empresa de conmover á la Europa, provoca las lágrimas de los historiadores griegos, que lo acompañaron en su peregrinación por las cortes.

XVII

Juan Paleólogo, hijo del infortunado Manuel y asociado por este al imperio, había recibido de su an-

ciano padre y su colega las tradiciones de la política del palacio.

« No nos resta, le había dicho Manuel, no nos resta
« mas recurso contra los turcos que el temor que
« tienen estos bárbaros de que nos reunamos con los
« latinos. Cuando te pongan en el último trance es-
« tos infieles, hazles ver que los cristianos del Occi-
« dente están dispuestos á acudir á tu voz para so-
« correrte. Para que les parezca real y positivo el auxi-
« lio, echa á tierra el último obstáculo que se opone
« á la alianza de los griegos y de los latinos, el cisma
« que nos separa.

« Píde á los latinos que convoquen un concilio que
« discuta los dogmas de las dos iglesias. La union
« no se verificará jamás; confía en la discordia
« eterna del espíritu de disputa que anima á los dos
« cleros. Pero los turcos la verán próxima á reali-
« zarse, y te contemplarán por temor de que se con-
« sume. »

Estos consejos eran tan prudentes, que los turcos, mas penetrados de los secretos de la diplomacia que lo que era de suponer tratándose de pastores que acababan de dejar sus rebaños, propusieron á Sigismundo, emperador de Alemania, subsidios para impedir la reunion de las dos iglesias oponiéndose á la del concilio.

Juan Paleólogo habia oido con desden estos consejos discretos de su padre. Un testigo de su conferencia refiere que el anciano Manuel exclamó despues que su hijo se retiró : « ¡Ay! mi hijo se cree un héroe y un gran monarca, pero no estamos en un siglo de heroismo ni de grandeza; el valor de mi hijo podria salvar á la patria en otros tiempos, y hoy le será funesto; en vez de un héroe se necesita ahora en el trono un sabio que sepa contemporizar. »

Pocas semanas despues murió el anciano á los ochenta años de edad, despues de haber distribuido entre sus hijos los restos de los principados que estaban aun adheridos á Bizancio. Andrónico, su hijo segundo, recibió la Tesalónica, los cuatros mas jóvenes, Teodoro, Constantino, Tomas y Demetrio dividieron entre sí la Grecia. Apénas tomó Andrónico posesion de la Tesalónica la vendió á los venecianos por dinero, y murió de lepra en la oscuridad.

Expulsados los otros muy pronto por los tenientes de Amurat de sus principados de Grecia, volvieron á vegetar al palacio de Constantinopla bajo la proteccion de Juan Paleólogo, su hermano y su emperador.

Sentado en el trono, este principe, enamorado de la princesa de Trebisonda, habia repudiado á su mujer para casarse con aquella maravillosa beldad, fa-

mosa por su hermosura entre los griegos del mar Negro. Apresuróse á convocar un concilio general para unir por medio de una transaccion política las iglesias latina y griega. El momento era favorable, la discordia reinaba en la iglesia latina entre los papas y los concilios. El concilio de Basilea, que acababa de deponer y de encerrar en un monasterio al papa Eugenio, deseaba señalar su gobierno con un servicio importante prestado á la cristiandad. El emperador Sigismundo, apesar de los vasos de oro que los enviados de Amurat le habian llevado para estimularlo á que desoyera las proposiciones de Juan Paleólogo, cedia á los deseos del concilio.

Los obispos, que lo componian, apremiaban á Juan Paleólogo para que viniera con sus patriarcas á discutir y sellar la reunion del Oriente y del Occidente cristianos. Juan alegaba la penuria de su tesoro; el concilio convino en darle para su viaje diez mil ducados de oro, en pagar todos sus gastos durante su residencia en Europa, y en mantener á costa de la iglesia latina á ochocientas personas de su córte ó del clero oriental. Además se-le envió un buen subsidio, buques y soldados latinos que defendieran á Constantinopla contra los ataques de los turcos, mientras se hallara ausente.

En fin, el nuevo papa Eugenio, para quitar á Juan

todo pretexto de diferir las conferencias, convocó el concilio general en Ferrara, lugar mas próximo á la costa del Adriático.

Informado Amurat de estas negociaciones, y temiendo las consecuencias políticas de una union de las dos iglesias, que formaria de los cristianos un solo pueblo, ofreció á Juan Paleólogo garantías de seguridad, y tesoros, si consentia en rechazar las invitaciones interesadas del papa.

Entre los grandes y el clero de Constantinopla, los unos impulsaban, los otros contenian al indeciso emperador. Por fin, su desesperada situacion en Constantinopla, y el deseo de dejar, al ménos por algun tiempo, un palacio que le recordaba la grandeza de sus antepasados y la miseria de su reinado, triunfaron en su ánimo. Embarcóse en las galeras del papa, llevando consigo á Josefo, patriarca de Constantinopla, anciano agobiado por el peso de los años, y temeroso de los peligros de la navegacion. Un brillante cortejo, cuyos magníficos títulos contrastaban con la miseria presente y la pequeñez del imperio, se embarcó con el emperador.

Allí iban los grandes dignatarios del palacio y de la Iglesia; el gran Eclesiarca, los obispos de Heraclea, de Cizico, de Nicea, de Nicomedia, el prelado Bessarion, los abades de monasterios, los patriarcas de

Alejandria, de Jerusalem, de Antioquia, de Rusia, revestidos con sus ropajes de oro, y llevando consigo los vasos preciosos de sus iglesias para deslumbrar á los latinos con la pompa de sus ceremonias; allí iban, por último, los sabios, los poetas, y los músicos del palacio, destinados al servicio de la capilla imperial. Se hubiera dicho que emigraba un culto entero, llevando consigo sus altares á otro continente.

La flota, cargada con la corte y la Iglesia de Bizancio, vogó lentamente, á través del Archipiélago y del Adriático, dirigiéndose á Venecia. Durante ochenta dias de una navegacion combatida por vientos contrarios, Juan Paleólogo, costeando el mar de Mármara, la Jonia, la Tracia, la Grecia, el Epiro, la Albania, tuvo tiempo para calcular por la grandeza de sus posesiones antiguas, la grandeza del imperio que habia perdido.

Los venecianos, interesados en lisonjear aquella sombra de emperador para conseguir los puertos y las islas adonde iban sus flotas con su pabellon y su comercio, le dieron una hospitalidad, digna de un Constantino ó un Carlo-Magno. El dux y los senadores de esta república, le salieron al encuentro sobre el *Bucentauro*, palacio flotante de las ceremonias navales. El emperador, sentado en un trono levantado en la popa de su navío, recibió las reverencias y casi

la adoracion del senado. El ejército y la poblacion de Venecia siguieron, en una flota de góndolas empavesadas con los colores de Roma, de Bizancio, y de Venecia reunidos, la navegacion triunfal de Juan por las aguas de su canal.

Los orientales asombrados de navegar á través de los grandiosos monumentos de una capital nacida y anclada en el mar, lloraban al reconocer en las plazas públicas de aquella ciudad los arcos y las estatuas que aquellos insulares habian traído de Grecia y de las islas del imperio.

Después de algunos dias de reposo en Venecia, el emperador y su corte fueron acompañados por tierra y por agua con el mismo aparato y respeto hasta las puertas de Ferrara. Allí, un caballo blanco, símbolo de soberanía, y un caballo negro, símbolo de luto, estaban preparados para el emperador. Montó el caballo negro: unos pajes llevaron el caballo con caparazon de terciopelo escarlata, sembrado de águilas de oro. Los señores de Italia llevaban un palio sobre su cabeza.

El papa esperaba á su huésped en las escaleras del palacio de Ferrara. La Iglesia de Occidente y la Iglesia de Oriente se dieron por sus bocas el ósculo de paz. El patriarca Josefo reclamó la igualdad en las ceremonias con el papa. Los obispos rehusaban besar

el pié del pontífice romano. Estas disputas acerca del ceremonial precedieron y anunciaron las que habria acerca de la fé. Eludieronse las primeras, y se eternizaron las segundas. El clero italiano, adicto al papa, era el único que asistia á este concilio, rechazado por el de Basilea. Suspendieronse las sesiones sin haber acordado ninguna cosa definitivamente.

Durante los seis meses del estío, empleados por el papa en reclutar prelados para su sínodo, Juan Paleólogo, retirado en una casa de recreo de la llanura de Ferrara, rodeado de unos cuantos cortesanos y guardias griegos que se llamaban sus genizaros, segun los turcos, se entregó á los placeres de la caza con halcon. Los latinos no le tenian respeto á causa de su miseria. Los obispos bizantinos querian irse temiendo la venganza popular que los aguardaba en Constantinopla, si vendian su fé á los latinos por complacer al emperador. El papa los retuvo por la fuerza y trasladó el concilio á Florencia á fines del año de 1438.

El emperador, sus patriarcas y su servidumbre recibian un sueldo con arreglo á su categoría. La suma total de estas pensiones no pasaba de seiscientos florines mensuales. La compasion reemplazaba al prestigio al rededor de aquel fantasma del Oriente. La peste lo echaba de Ferrara, los milaneses le cerraban

el camino de Florencia á los Apeninos. El papa y el emperador se vieron obligados á pasar ocultamente por los ásperos senderos de las montañas.

Durante este viaje, el concilio de Basilea nombraba de un modo sedicioso otro papa, á Félix V; pero el catolicismo indignado depuso á este papa y se adhirió á Eugenio. Después de nueve meses de disputas, concesiones, reservas y desazones, el concilio de Florencia selló por fin la reconciliación de las iglesias de Oriente y de Occidente. La muerte del patriarca Josefo, la púrpura romana dada á Bessarion, las súplicas del emperador, que ansiaba coger el fruto de la unión, las amenazas del papa á los prelados de Oriente, las distinciones metafísicas sobre la procesión del Espíritu Santo, de la una ó de las dos personas de la Trinidad, las interpretaciones favorables á los dos partidos permitidas por último á la conciencia de los fieles, el oro y las mercedes prodigadas por el papa á los doctores de Constantinopla, pacificaron esta larga contienda. El papa Eugenio triunfó, y Félix fué á sepultarse en el pintoresco retiro de Ripaille, á orillas del lago Lemán, bajo la sombra de los castaños de Saboya.

XVIII

Pero los pueblos no ratificaron la paz concluida entre las dos Iglesias por la política del emperador y del papa. El emperador y sus obispos, embarcados en las galeras de Venecia para regresar á Constantinopla, fueron recibidos allí como apóstatas de la fé nacional. Durante su ausencia, frailes fanáticos, agitando las preocupaciones de raza contra raza, y de dogmas contra dogmas, habian sublevado las conciencias y el patriotismo contra el papa, contra el emperador, contra los obispos, que habian traficado, segun ellos decian, con la fé del Cristo.

Estos obispos, intimidados con la censura y las amenazas de Constantinopla, confesaron humildemente su error para lograr que se lo perdonaran.

« ¡Ah! ¡dijeron en las plazas públicas y en los
« púlpitos, nosotros hemos abjurado nuestra fé,
« somos unos impíos, *azymitas* que han renunciado
« á la comunión bajo las dos especies del pan y del
« vino! La miseria nos ha dominado, el fraude, el
« terror y las consideraciones mundanas de una vida

« fugitiva nos han arrastrado; ¡ merecemos que nos
 « corten estas manos que han sellado nuestro crí-
 « men, que se nos arranquen las lenguas que han
 « blasfemado! »

XIX

Estas palabras, que se leen en los historiadores bizantinos, hicieron caer en desuso y desacreditaron la union de las dos iglesias. Los concilios orientales fulminaron anatemas contra los concilios romanos. En vano envió el papa hasta Rusia embajadores que contuvieran al clero ruso en la fé romana, los rusos, evangelizados por los frailes griegos del monte Athos, siguieron á los griegos cismáticos, como los habian seguido al cristianismo.

El cardenal Isidoro, prelado romano, escandalizó con las costumbres elegantes y mundanas de la corte pontificia la sencillez moscovita, viviendo con los señores libertinos, y celebrando los misterios con guantes y anillos en los dedos. Los rusos quisieron matarlo, y solo se libró refugiándose en un monasterio, que se convirtió para él en cárcel.

Juan Paleólogo, temblando al fin por su trono y por sí mismo, abjuró la union que habia firmado, y cedió al pueblo su fé, por miedo de tener que cederle la vida. Así fracasó la última tentativa hecha por las armas de los latinos para sostener el imperio de Constantinopla.

XX

Amurat triunfó en Brusa de la decepcion del emperador. Juan Paleólogo, á fin de alcanzar su perdon, le entregó su tercer hijo, el jóven Teodosio, para que aprendiera los ejercicios militares, decia, y á batirse en las filas de los genízaros otomanos. Despues de permanecer algunos meses en la corte del sultan, Teodosio pasó á Morea para recibir allí la investidura del territorio de Esparta; herencia de un descendiente de los Cantacuzenos. Cansado el emperador de un gobierno tan agitado, resignó la autoridad en Manuel, su hijo primogénito.

Andrónico, celoso de la elevacion de su hermano, conspiró secretamente con Saudji, hijo de Amurat, que mandaba como lo habia hecho Soliman, las tro-

pas turcas, que tenia su padre en Europa. Estos dos jóvenes ambiciosos, impacientes por reinar, trataban de combinar sus crímenes para conseguir con una sedicion, el uno el imperio de Constantinopla, el otro, el puesto de su padre en Brusa. Amurat fué el primero que descubrió la trama de la conspiracion parricida. Vuela á Europa, se presenta á su ejército, lo saludan como padre y sultan, se acerca á Constantinopla, conferencia con el emperador, y le aconseja que se una á él para marchar juntos contra sus dos hijos rebeldes, y sacarles los ojos para que no puedan nunca subir al trono.

Andrónico y Saudji habian reunido sus partidarios en un cuerpo de ejército acampado en las orillas escarpadas de un riachuelo de Tracia, llamado Apricidion. Se creian seguros de la fidelidad de sus cómplices por la misma complicidad. El intrépido Amurat, mas seguro de su ascendiente sobre sus antiguos compañeros de armas, monta á caballo en una noche oscura, pasa el Apricidion, y alzándose sobre sus estribos levanta de repente su voz conocida y formidable, llamando á sus soldados.

Al oír este grito, los centinelas turcos, sobrecogidos de un terror y un remordimiento sobrenaturales, arrojan las armas, alarman el campamento, y acuden presurosos, seguidos luego de sus camaradas, al sitio

en que se hallaba el caballero nocturno. Amurat les arenga y los perdona. Ellos juran que Saudji los ha engañado, haciéndoles creer que el hijo obraba por orden del padre. El hijo criminal huye con el príncipe griego y sus cómplices á la fortaleza de Didimótica, sobre las márgenes del Hebro ó del Maritza.

Amurat los persigue, los sitia, los obliga á capitular, no cumple la capitulacion, manda sacar los ojos á su hijo y cortarle despues la cabeza, y vengando igualmente los derechos de padre y de sultan en los jóvenes nobles de Grecia, cómplices de Andrónico, los hace llevar á las murallas y precipitar desde ellas en el rio Maritza. Él mismo, colocado con sus principales servidores en un promontorio avanzado del rio, asistia con la sonrisa en los labios á aquella expiacion de un doble parricidio, siguiendo alternativamente con mirada impasible, tan pronto las liebres que ecliaban sus perros de los matorrales, como los cadáveres emparejados que arrastraba el Maritza á sus piés entre su ensangrentada espuma.

Para que nadie pudiera echarle en cara la severidad con que castigó á Saudji, mandó á todos los padres que tenian hijos metidos en la conspiracion que les cortaran la cabeza con sus propias manos. La autoridad paternal, ley de leyes entre los tártaros, no le pareció bastante cimentada sin aquellas atroci-

dades que estremecian á la naturaleza, pretendiendo vengarla. La justicia y la cólera se juntaron para inspirarle la afición á las crueldades que han hecho terrible su nombre entre los otomanos.

Andrónico, primer instigador del crimen y seductor de Saudji, fué entregado por Amurat á su padre para que ejecutase él mismo la venganza que los dos soberanos habian jurado contra sus hijos. Por agradar al sultan, el emperador mandó echar aceite hirviendo en los ojos de su hijo. Sin embargo, la indulgencia paternal no llevó el suplicio hasta la ceguedad completa del culpable. Aun le quedó á Andrónico, un resto de vista, pero fué privado de los derechos que tenia al trono, por haber querido anticipar su reinado con un crimen.

XXI

Saudji habia parecido tanto mas imperdonable á Amurat, cuanto que su crimen habia sido larga y odiosamente premeditado. Siniestras sospechas abrigaba el alma del sultan contre este jóven, muchos años hacia. La coleccion de Feridun contiene una

correspondencia auténtica entre Amurat y su hijo predilecto, que fué mas tarde el sultan Bajazet, correspondencia en que traspiran de antemano los recelos de un padre y de un soberano que teme á su heredero. « Te anuncio, dice en su carta Amurat á « Bajazet, á quien habia dejado de observacion en « Brusa, te anuncio que en la primavera tendrémos « una guerra imponente con la Hungría, guerra « cuyo principio es de esperar que será favorable á « los creyentes, y cuyo fin dependerá de los decretos « de Dios. Cuando recibas esta carta, reunirás y ar- « marás todas las tropas. Pero tén al mismo tiempo « los ojos abiertos sobre la conducta de tu hermano « Yacub, que reside en Karasi, y sobre la de mi hijo « Saudji, comandante de Brusa, cuya vida proteja « Dios! Ejecuta mis órdenes fielmente y dáme in- « formes exactos de todo lo que ocurra. »

Se ve que Bajazet era el único que poseia la confianza de su padre. Bien por indicios que tuviera de la rebelion de Saudji, ó por rivalidad sorda que existiese entre los dos hermanos: « Yacub, respondió « Bajazet á su padre, cumple sus deberes y gobierna « equitativamente su provincia. (¡ Que Dios lo colme « de beneficios!) Respecto de Saudji, hallarás en la « misma bolsa que contiene esta carta, otra original « del justiciero mayor de Brusa que le concierne. A